

TREVELIN

Un pueblo en los tiempos del molino

Jorge Fiori – Gustavo De Vera



Proyecto Auspiciado por el



Consejo Federal de Inversiones

Municipalidad de Trevelin

Primera Edición: Octubre de 2002

Se prohíbe la reproducción total o parcial por el medio que fuere de la información contenida en este libro sin previa autorización escrita del editor.

Auspiciado por el CFI - Consejo Federal de Inversiones.

Es una publicación de la Municipalidad de Trevelin
Av San Martín 329 - Trevelin - Provincia del Chubut - Patagonia Argentina
E-Mail: culturatrevelin@ciudad.com.ar

Diseño de tapa y diagramación: Arq. F. López Guzmán

Un aporte a la cultura y la identidad

Luego de haber tenido el privilegio de ser uno de los primeros lectores de esta obra, antes de su edición, considero que todas las expectativas creadas en Trevelin en torno a este trabajo, quedarán gratamente colmadas.

Sabíamos que con “Trevelin, un pueblo en el valle de los molinos” sus autores, Jorge Fiori y Gustavo De Vera, afrontaban una enorme responsabilidad al encarar una investigación que permitiera narrar y documentar los principales aspectos de los orígenes del Valle 16 de Octubre y Trevelin, incluyendo en parte a las vecinas localidades de Esquel, Corcovado y Futaleufú y Palena en Chile.

Pero el reconocimiento que los mismos autores merecieron tras la publicación su anterior trabajo, “1902, el protagonismo de los colonos galeses en la frontera argentino-chilena”, nos alentó a acompañar y apoyar este nuevo emprendimiento.

El esfuerzo fue grande para todos. Los tiempos y las circunstancias en las que se vio inmerso el país durante la realización del libro conspiraron constantemente contra el proyecto.

Felizmente, sin embargo, hoy podemos presentarlo tal como fue concebido: una obra que nos ofrece una mirada del Valle 16 de Octubre como nunca hasta ahora habíamos tenido. Con sus múltiples y a veces controvertidos episodios; con sus protagonistas ubicados en una dimensión humana; con un ordenamiento de los hechos tal como se produjeron: discurriendo en la mansedumbre de los tiempos algunos, y otros precipitándose y ocurriendo simultáneamente, casi sin respiro.

Sobre el final de mi segunda gestión como intendente de Trevelin, no puedo menos que expresar mi satisfacción de haber tenido la posibilidad de contribuir a este proyecto, con el que, sumados “Memoria del Humo” y “1902”, ya son tres los aportes que desde este gobierno municipal se ofrecen para la historia y la identidad de nuestra comunidad.

Deseo sinceramente que este aporte sea de provecho para las generaciones que nos siguen, porque en nuestra propia historia están las razones de nuestros fracasos y las semillas de nuestro futuro.

Nuestro país exige hoy de sus habitantes una férrea convicción para sostenerse y salir adelante, y estoy convencido que esta obra es una herramienta invalorable con la que forjar nuestro espíritu para ello.

Es necesario subrayar aquí que este proyecto no hubiera sido posible sin el apoyo financiero brindado por el Consejo Federal de Inversiones, organismo que en la persona de su Secretario General, ingeniero Juan José Ciáccera, comprendieron la

dimensión de la obra y acompañaron su ejecución no sólo con aportes económicos, sino también con el asesoramiento necesario para que el proyecto fuera realizado de manera eficaz. Sirva este párrafo como expresión de nuestro agradecimiento hacia él y su equipo de profesionales.

Por último, quiero hacer público mi agradecimiento al Gobernador de la Provincia de Chubut, José Luis Lizurume, por haber brindado su aval institucional al proyecto y por sus expresiones de apoyo demostrando haber comprendido y compartido la importancia que obras como ésta tienen para la identidad y el desarrollo de nuestros pueblos.

Dr. Carlos Mantenga

Intendente Municipal de Trevelin

Introducción

A fines del siglo XIX un grupo de familias galesas, desprendidas de la colonia madre a orillas del río Chubut, se interna hacia el Oeste en el territorio patagónico. Esperan encontrar allí la Tierra Prometida de las Escrituras, los fértiles valles anunciados por sus amigos los tehuelches.

La encontrarán en el “Cym Hyfryd”, el Valle Hermoso donde crecerá la Colonia 16 de Octubre.

Pero no están solos: grupos de familias chilenas y pequeñas tribus mapuches-tehuelches sobrevivientes de la Conquista del Desierto, expulsados como ellos de sus tierras natales, compartirán el mismo escenario: tierras donde la frutilla alfombra los valles y la tierra surcada de ríos y lagos promete frutos generosos; donde los altos bosques están poblados de leyendas, pumas y vacunos que se volvieron salvajes. Un escenario donde la violencia mostrará todos sus rostros posibles y donde cada individuo será la expresión de su pueblo.

Este es el relato de esa gesta conquistada por tres culturas que buscan su lugar en el universo. Una historia que llega hasta nuestros días dejando una estela de hechos memorables algunos, olvidados otros, escondidos entre documentos oficiales o reservados exclusivamente a la memoria de sus pobladores.

En ella es posible encontrar el origen de ciudades y pueblos nacidos en la cordillera de la hoy Provincia del Chubut. Entre ellos, Trevelin, el Pueblo del Molino.

Bocetos en sepia I

El Pueblo del Molino

Como un ejército de hormigas hambrientas y eficaces devorando las entrañas de un dragón derrotado. Así los veía aquél niño sentado al borde del canal de agua, con una gorra de paño calzada en su enmarañado pelo rojizo y frunciendo la pecosa nariz al mirar hacia lo alto del edificio de ladrillos.

Hombres sudorosos, hábiles e inquietos dismantelaban las pesadas maquinarias del Molino Andes en la Colonia del Valle 16 de Octubre.

Hombres asomados a las ventanas de los pisos altos del edificio más alto del pueblo; hombres encaramados a las poleas, las sogas y los aparejos; hombres dando órdenes a toda voz; la madera de ciprés de los pisos crujendo bajo el peso de los peones cargados; el eco de las risas cada vez más eco en el interior cada vez más vacío de la construcción.

En cuestión de horas, el molino fue descuartizado. Su corazón -cuatro cilindros de acero- yacía repartido en alguno de los pesados camiones que aguardaban al pie del molino.

Como el niño, como los muchos niños que de a ratos se juntaban para mirar el trabajo de estos hombres que alteraba la tranquilidad del pueblo, también otros vecinos se acercaban de tanto en tanto junto al canal por donde desagotaba el agua que daba fuerza motriz al molino. Hombres y mujeres llegados desde las chacras, que veían con pesadumbre aquellas jornadas: el molino había sido para la Colonia lo que la imagen del Dragón rojo representaba para sus pobladores galeses: el símbolo mayor; el más grande y el último de los molinos que habían funcionado en el valle 16 de Octubre.

El sabor del pan amasado con el trigo de su propia cosecha; el trabajo de las granjas, el galpón donde se realizaba el Eisteddfod; el empleo para muchas familias; la historia y el futuro de la comunidad, el sentido de su propia existencia, yacían ahora desparramados como las vísceras inertes de un gigantesco animal sobre las cajas de los camiones que recorrían lentamente las calles del pueblo; un cortejo fúnebre buscando el camino hacia alguna ciudad del Norte, donde darían vida a otros molinos.

Atrás, el cuerpo herido del dragón de ladrillo mostraba todavía los signos vitales de su espíritu: en su perfil de prisma irregular, en sus ventanas abiertas sólo hacia el oeste; en la amplia sombra que proyectaba sobre las casas bajas de los alrededores, se presentía la fuerza de una imagen que identificaría para siempre al pueblo que había nacido junto a él: Trevelin', el Pueblo del Molino.

Valle 16 de Octubre

El paso de los caballos abría surcos entre pasturas tan verdes y tan altas que llegaban hasta los estribos de sus jinetes. Los treinta hombres no daban crédito a sus ojos: el verdor se extendía a todo el valle y trepaba en bosques por las laderas de las montañas casi hasta las cumbres, donde la nieve cubría rocas afiladas.

Seguramente algún otro hombre blanco, un aventurero solitario e ignorado pudo haber estado antes en ese lugar sólo conocido por el indio.

Pero es probable que nunca pudiera verlo así, como ellos lo veían ahora, con los ojos de su civilización, con una mirada que podía medir el pasto en forrajes, los frutos en conservas, las piedras en minerales, los bosques en maderas, los ríos en energía, y hasta las flores volverse un lujo imaginado en el tocador de una dama.

Había pasado más de un mes desde que partieran de sus chacras en Rawson, en Dolavon, en Gaiman, cabalgando por la árida estepa hacia el Oeste, en busca de aquellos míticos valles de la cordillera.

Las noticias de estos valles les habían llegado a través de los indios que periódicamente visitaban la Colonia del Chubut para comerciar plumas y cueros a cambio de pan, manteca y otras mercancías. Estos relatos habían madurado en los colonos galeses que pronto comenzaron a soñar con establecer una segunda colonia allí, detrás del horizonte donde se pone el sol; más allá de las desoladas tierras que formaban el país indígena.

Pero también había otro relato: éste hablaba de la campaña implacable que el Gobierno nacional había desatado contra el indio, barriendo tribus enteras y despejando el territorio para establecer nuevas colonias.

La Colonia Galesa del Chubut

Tras padecer la dominación británica sobre su pequeño país, en mayo de 1865 un grupo de ciento cincuenta y tres galeses -hombres y mujeres de todas las edades, incluyendo varios niños- decididos a fundar una Nueva Gales en la Patagonia se embarcaron en la pequeña goleta "Mimosa" y atravesaron el océano para llegar a las costas patagónicas dos meses más tarde.

Durante el viaje murieron cinco niños (uno de ellos momentos antes de zarpar) y otros dos nacieron en alta mar(). En total, ciento cincuenta personas desembarcaron un 28 de julio del mismo año. El lugar fue llamado Puerto Madryn en homenaje a Love Jones Parry, del castillo de Madryn (Arfon, Gales), uno de los promotores de la migración.*

Poco después del desembarco, los colonos se trasladan hacia el valle inferior del río Chubut, donde establecerán sus chacras y darán vida a localidades como Rawson y Gaiman.

() Matthews, Abraham. "Crónica de la Colonia Galesa de la Patagonia". Pág. 19. F. E. Roberts, traductor. Ed. Alfonsina. Buenos Aires, 1995.*

Historia antigua del nuevo escenario

En el universo abarcado por el paisaje cordillerano, la dinámica de la población humana produjo diversos entrecruzamientos de culturas y pueblos que fueron determinantes de la situación en la que se desarrolló el asentamiento de la Colonia 16 de Octubre hacia fines del siglo XIX.

Dentro de estos desplazamientos y fusiones debe atenderse al proceso que se conoce como “araucanización de la pampa”, por el cual -a partir del siglo XVII- la cultura Günuna Künna o Tehuelche es progresivamente absorbida por el desplazamiento del complejo Mapuche hacia el Este de los Andes.

Este proceso es explicado con claridad en el libro “Nuestros Paisanos los Indios”, de Carlos Martínez Sarasola⁶. En su trabajo, Sarasola señala que a la compleja dinámica de cambios que tenían lugar en las llanuras patagónicas hacia el Siglo XVII para la perspectiva tehuelche, se sumaba la llegada de los mapuches procedentes del oeste cordillerano. No les resultaban tan extraños como los conquistadores, pero eran diferentes.

Dice Sarasola que a diferencia de los conquistadores los mapuches “venían desde donde se ponía el Sol, desde más allá de las montañas, desde Chile”.

“Nuestros tehuelches sabían muy poco acerca de ellos. Pero bueno, ahí estaban. (...) Al principio llegaban en pequeños grupos, dispersos, cautelosos (...). Se llamaban araucanos.

La cultura araucana, célebre por su coraje, ampliamente demostrado frente a la penetración incaica primero y la española después, ocupaba en el siglo XVI la porción del actual territorio chileno comprendida entre el río Chorapa al norte y el archipiélago de Chiloé al sur”.

“La integraban tres componentes principales: picunches (norte), mapuches (centro) y huiliches (sur), que presentaban una unidad lingüística y cultural.

Galeses e indígenas

Mucho se pregunta habitualmente acerca de cómo fue la relación entre los primeros galeses llegados a la Patagonia y los pueblos que originalmente se hallaban aquí, en este caso, los tehuelches.

Podemos encontrar numerosa referencia y observaciones sobre el tema, y elegimos en este caso una de las fuentes casi directas, las del reverendo Abraham Matthews(), integrante del primer contingente colonizador en el valle del Chubut:*

“Al principio, cuando recién llegamos, (...) nos hallábamos preocupados con respecto a los indios. (...) Vivíamos así en continuo sobresalto, hora a hora, minuto a minuto”.

Cierto día, llega un hombre al pueblo, galopando y casi sin aliento anuncia: “Los indios han llegado”.

“Al día siguiente hicieron su aparición un anciano, una anciana y dos mozas, ataviados todos con pieles de guanaco. Tenían un toldo hecho de cueros y algunos palos y un gran número de caballos, yeguas y perros. Tanto ellos como nosotros desconfiábamos los uno de

(...) Todos los araucanos cultivaron la tierra, especialmente Maíz y papa. (...) Se había incorporado el sistema de riego, mientras que en las tierras boscosas se quemaban los árboles⁶. Complementariamente se practicaba también la caza de pumas, guanacos, aves, y la pesca, especialmente en la zona de Chiloé. Se dedicaban a la cría de llamas de las que utilizaban la lana para la vestimenta.

El patrón del asentamiento era la pequeña aldea, y la vivienda (ruca) era de gran tamaño, rectangular y construida con maderas. Estas aldeas eran la base de la organización social araucana; cada una de ellas estaba a cargo de un cacique y un conjunto de ellas constituía una unidad mayor al mando de un toqui, jefe supremo.

La actividad bélica estaba sumamente desarrollada en el seno de la cultura cuya estructura social responde a ella: los jefes, los guerreros, el conjunto de la comunidad y los cautivos.

(...) Hacia 1471 los incas penetran el territorio araucano desalojando a los picunches y llegando hasta el río Maule, límite de la expansión imperial, detenidos por la resistencia de mapuches y huiliches.

La presencia inca no cambió la cultura mapuche: la agricultura, la crianza de llamas y el instrumental básico eran patrimonio original de ella.

(...) En 1540 se inició la verdadera conquista a cargo de Pedro de Valdivia. (...) El jefe español logró la ocupación, el asentamiento e inclusive la incorporación de indígenas sometidos al trabajo agrícola y minero. Pero los continuos levantamientos y la terrible resistencia mantenida desde los "territorios libres" hicieron dificultoso el proceso de colonización.

La tensión constante, la ocupación del territorio por un invasor que ya no se iría, produce un desgaste entre los mapuches "y la perspectiva de una guerra eterna hace que busquen un nuevo hogar".

(...) Hacia el oeste era imposible porque el océano era infinito; hacia el este las

los otros, y no sabíamos cómo tratarnos, pues no entendíamos ni una de las palabras que nos decíamos".

"(...) Poco a poco llegamos a entendernos bastante bien".

"(...) Temíamos que fueran espías traicioneros de un ejército poderoso. (...) Después supimos que el anciano era uno de los principales jefes del país, del cual formaba parte el valle del Chubut, y por lo tanto dueño legítimo de la tierra".

"El trato con estos indios fue muy favorable para la colonia (...). Cuando llegó el cacique Francisco, con sus perros y caballos veloces, recibimos mucha carne a cambio de pan y otras cosas. Adiestró, además, a los jóvenes en el manejo de los díscolos caballos y vacas, proporcionándoles el lazo y las bolas. Recibimos también instrucciones útiles para la caza de animales silvestres".

(*) *Mattews, Abraham. Op. Cit. Págs. 32 y 33*

enormes montañas nevadas parecían infranqueables. Sin embargo sabían por tradición que algunos de los hermanos las habían traspuesto, descendiendo hacia un lugar encantador de pinares, nieves y lagos. Y más allá la llanura, también infinita como el mar, con la diferencia de que en ella se podría vivir libremente.

Allí estaban, pisando los umbrales de la tierra tehuelche.

La penetración araucana había comenzado desde tiempos prehispánicos, aunque en forma esporádica y a partir de grupos pequeños.

A mediados del siglo XVII la “cuña intrusiva” se va haciendo más pronunciada a partir del comercio con los grupos tehuelches septentrionales. Poco a poco, los araucanos comenzaban a apropiarse del caballo.

Ya en el siglo XVIII los tehuelches se organizan a base de la guerra que llevan a cabo contra los enclaves españoles de la frontera, mientras los araucanos continúan penetrando.

Sin embargo el predominio tehuelche septentrional en lo que se refiere a la auto-ridad y a la capacidad de conducción de las diferentes bandas por sus caciques continúa hasta fines del siglo XVIII.

Poco después, los araucanos acceden al poder de la región por dos vías: la extinción de los caciques tehuelches en La Pampa y Río Negro, y las victorias militares.

En la zona de Chubut, los tehuelches habían resistido, pero son derrotados definitivamente en las batallas de Tellien, Languiño y Pietrochofel. (...) Es el comienzo de la dilución de la cultura, acelerada por la mestización fruto de la unión entre vencedores araucanos y cautivas tehuelches.

(...) Esta dinámica de cambio cultural que se suma en la región de la llanura a la presencia del “complejo ecuestre” (proceso de cambios culturales producidos por la incorporación del caballo en la sociedad tehuelche en el transcurso del siglo XVII), culminará en pleno siglo XIX, hacia 1830, con la llegada del gran toqui Callvucurá (Calfucurá, Piedra Azul) que sellará la hegemonía definitiva de los araucanos.

Habitantes de la cordillera antes de la Colonia Galesa

Los párrafos reproducidos a continuación pertenecen al trabajo “Frontera y circuitos económicos en el área occidental de Río Negro y Chubut”, de las investigadoras María Marta Novella y Débora Finkelstein(), y refiere a los grupos humanos que poblaban la región cordillerana del Chubut previo a la Campaña del Desierto y por lo tanto al asentamiento de la Colonia en el Valle 16 de Octubre.*

De acuerdo a los datos aportados desde un enfoque etnológico, el área considerada en este trabajo fue ocupada por un grupo indígena diferenciado con respecto a otros cazadores continentales terrestres como los tehuelches meridionales, que se movían desde la cordillera hasta la costa atlántica y los puelches intermedios cuyo ámbito de vida se definía desde el río Agrio al norte hasta los ríos Limay y Neuquén. Este grupo, identificado como “chüwach a künna” o “gente del borde” -de la cordillera- en tehuelche septentrional, tenía un ámbito de dispersión distinto, ‘pegado’ a esa cadena montañosa, a diferencia de los que se movían transversalmente como los gúnuna künna (...). Los chüwach a künna se extendían hacia el sur hasta la región del río Senguer, aproximadamente, y hacia el norte hasta la salida del Limay (Casamiquela, 2000).

(...) El proceso tuvo una característica digna de mención: en efecto, llegados a nuestro territorio, los araucanos mantuvieron muchas de sus costumbres principales (la platería, los tejidos, los rituales) pero reemplazaron su original patrón agricultor y pastor por el de cazador, que era tehuelche. Este último hecho es lo suficientemente importante como para reflexionar acerca de la tan mentada araucanización”.

Ayudados por esta extensa cita de Martínez Sarasola, podemos señalar que un eminente fruto de este proceso que habrá de sintetizar a dos culturas hoy emblemáticas de la Patagonia, es el propio Valentín Sayhueque, el más poderoso cacique al que se enfrentaron las tropas de la denominada “Conquista del Desierto” y el último en rendirse al gobierno de Buenos Aires.

Sayhueque era hijo de Chocorí cacique araucano, y su madre una tehuelche: Aoéni Kënk o Gününa Künna⁷

Días de muerte en “El Desierto”

El paisaje humano narrado por el viajero británico George Musters en su paso por la región del Valle 16 de Octubre y las adyacencias en 1870, fue modificado violentamente apenas una década después durante la Campaña del Desierto que encabezó Julio A. Roca.

Es habitual considerar los alcances de esta Campaña en el período de abril y mayo de 1879, cuando el propio Roca estuvo al frente de las operaciones que más tarde lo harían presidente de la Nación.

Pero es necesario tener presentes los sucesos de la segunda etapa de la Campaña. Una segunda etapa mucho más prolongada y hostil, que se extendió desde 1881 hasta el primero de enero de 1885, en que el más buscado de los caciques, Valentín Sayhueque, se entrega al ejército en San Martín de los Andes.

Este grupo sólo parcialmente se incorporó parcialmente -de manera indirecta- a la dinámica del comercio y la movilidad trasandina que caracterizó a otras etnias cuyo hábitat estaba más al norte. No había a estas latitudes en la vertiente occidental de los Andes igual densidad de población, ni centros urbanos no portuarios que requirieran el abastecimiento de productos desde el oriente de la cordillera. Las características geográficas tampoco contribuían a facilitar los intercambios: los bosques más cerrados y densos que los del área neuquina (selva valdiviana), lagos de difícil navegación y ríos torrentosos, pasos menos accesibles y de mayor altura. Así, la circulación de mercaderías estuvo en general dinamizada por la intermediación de las etnias ubicadas al norte del lago Nahuel Huapi y del río Limay a través de las cuales los indígenas del sur se integraban a los circuitos económicos norteños.

(...) El comercio permitía a los distintos grupos ‘traspasar las fronteras’ de otros y conectar-se e intercambiar productos diversos. Así los pehuenches mantenían con los tehuelches septentrionales relaciones comerciales para obtener cueros, plumas y pieles a cambio de tejidos, bebidas y adornos, con lo cual actuaban como intermediarios entre aquellos y la sociedad criolla instalada en el actual territorio chileno. Al conformarse la etnia manzanera, su expansión hacia el sur coincide con la porción de los intercambios que aquí consideramos, siendo

Hacia 1882, las batidas militares contra los aborígenes se habían desplazado al sur del Río Negro e ingresaban en territorio del Chubut acosando a Sayhueque y su gente.

En noviembre de 1882, el teniente coronel Rosario Suárez ataca en Chubut a las fuerzas de este cacique y de Inacayal, tomando gran cantidad de prisioneros⁸.

Apeleg

La cronología de los hechos acontecidos en nuestra zona del Chubut es abrumadora: El 22 de febrero de 1883 tiene lugar el combate de Apeleg⁹, tras el cual el general Villegas informaba:

“Al sur del río Limay y en lo que propiamente se puede llamar Patagonia, queda del salvaje los restos de la tribu del cacique Sayhueque, huyendo, pobre, miserable y sin prestigio”¹⁰. Aún así, el viejo cacique ofrecería otros dos años de resistencia.

Este combate está rodeado de leyenda por cuanto las versiones ofrecidas por los informes militares ubican a sus 25 soldados y oficiales en la situación heroica de enfrentar a varios centenares de indios armados con fusiles rémington y de repetición. Incluso ha sido reconstruido de manera novelesca por Manuel Prado en su libro “La Conquista de la Pampa”¹¹

El combate fue consecuencia de la incursión que el coronel Nicolás Palacios efectuara al sur del Nahuel Huapi, comandando 350 hombres para dar la batalla final contra Sayhueque y sus capitanejos.

El 22 de febrero, Palacios despacha desde su campamento en Lipanduan una avanzada para capturar guanacos.

En su primer parte oficial del 22 de febrero, el teniente Eduardo Oliveros Escola, informa que la avanzada era de cuarenta hombres y cincuenta indios auxiliares al mando del capitán Adolfo Drury¹².

escenario de una intensificación de los intercambios por una introducción creciente de productos de origen blanco provenientes de Chile.

“Nuestro contacto con los cristianos en los últimos años nos ha aficionado a la yerba, al azúcar, a la galleta (...). Si hacemos la guerra a los españoles no tendremos mercado para nuestras pieles, ponchos, plumas etc., de modo que en nuestro propio interés está mantener con ellos buenas relaciones” (Musters, 1869 v: 1979)

Estas declaraciones las hacía el cacique Foyel, cuyo territorio se ubicaba al sur del lago Nahuel Huapi y que luego de la ‘Campana del Desierto’ se radica al sur de Esquel, como también lo hace Sayhueque y los restos de su tribu. Tener en cuenta la instalación de estos caciques y sus familias en esta zona es importante para considerar si su experiencia y conocimiento de las rutas hacia el norte, y fundamentalmente de los pasos cordilleranos, influyó en la continuidad del comercio trasandino después de 1885.

(*) Publicado en “Cruzando la cordillera – La frontera argentino-chilena como espacio social”, Pág. 398 y siguientes. CEHIR – Universidad del Comahue, Neuquén 2001.

Camurico - Año 1932 - (foto Album Aragón Anchorena)



A las 8 de la mañana un chasque enviado por Drury informa el hallazgo de una numerosa caballada, indicio de un próximo asentamiento indio.

Palacios dispone partir de inmediato en su auxilio. A marcha forzada tardan dos horas en llegar habiendo sido alcanzados en el camino por nuevos mensajeros que alertaban que los indígenas estaban atacando a Drury y sus hombres y que “con armas de fuego diezmaban nuestras fuerzas”.

Palacios irrumpe en el escenario de batalla y los hombres de Inacayal, junto a quien se encontraban Foyel y otros importantes caciques de grupos araucanos y tehuelches, viéndose superados en fuerzas abandonan el sitio.

El saldo es de cincuenta muertos y un número superior de heridos en el bando indígena, y un muerto y catorce heridos en el ejército e indios auxiliares. El mismo capitán Drury y el teniente Oliveros Escola se cuentan entre ellos.

Las versiones siguientes, en las que Palacios eleva su informe al general Conrado Villegas, y éste a su vez al Inspector y Comandante General de Armas, general de División Joaquín Viejobueno, el número de efectivos militares que enfrentaron a los indígenas se reduce a “15 soldados y 10 indios amigos”.

Podría deducirse de esto que la partida se habría subdividido al momento de encontrarse con la caballada de Inacayal y sus caciques, dado que al ser despachado por Palacios en la madrugada del 22 Drury tenía orden de “desplegarse hacia el sudeste” a la búsqueda de manadas de guanacos.

Existe, sin embargo, una versión subjetiva de aquellos hechos aportada por José Torres, baqueano del ejército y presente en el combate¹³:

“De pronto, entre la caballada, se divisa un fuego chiquito. Era de los malones. Se acercan y se produce el encuentro. Pasada la confusión del primer momento, quedamos separados de los compañeros sólo cuatro hombres. Debíamos hacer frente a catorce indios que iban saliendo de los zanjones. Allí fueron heridos varios jefes. Yo estaba lanceado y había recibido golpes de boleadoras en la cabeza.

A pesar de mis heridas, pude alcanzar la retaguardia para pedir auxilio, que afortunadamente llegó a tiempo para salvar a los compañeros”.

“Galeses venden armas a los tehuelches”

Ya en su primer parte de guerra, el teniente Oliveros Escola denuncia que las armas disparadas por los tehuelches y mapuches contra el ejército, pudieron haber sido suministradas por los colonos galeses del Valle del Chubut.

“Debe hacerse presente una grave observación acaecida en la lucha contra trescientos ochenta a cuatrocientos indios aliados con parte de los tehuelches, observación que es un cargo para la vecina colonia galense en su contacto con el adversario perseguido en nombre de los grandes desintereses de la humanidad, tal es, el armamento con que nos han combatido hiriendo a nuestras fuerzas con armas de fuego.

La colonia del Chubut mantiene, como es sabido, relaciones comerciales con los